

que de exponer todos los sistemas filosóficos que se han excogitado de los griegos acá para explicar lo inexplicable

Alguien, sin embargo, no celebró tan calurosamente aquella pieza oratoria, y fué el canónigo Cumplido, gastrónomo de fama, anciano habituado á un régimen severísimo y que en ese día no probó alimento hasta las dos de la tarde; resultado de lo cual fué una enfermedad que le cortó la vida en abril del año de gracia de 1849.

Pudo muy bien don José Domingo dejar de asistir á la fiesta.

¿Mas acaso iba á faltar sin aviso? Ni por pienso. ¿Iba á interrumpir la solemnidad por aquella exigencia de su estómago inurbano? No en sus días. ¿Iba, en fin, á salirse sin avisar á nadie? Primero hubieran sobrevenido todas las calamidades del mundo.

Por lo cual, y á falta de otro arbitrio, se resolvió á oír aquel sermón, que debe haberle sabido á rejalgarse ya que más tarde le trajo la muerte.

20 de abril de 1895.

PIRRONISMO

LOS que por broma y chunga llamaban *la perfecta casada*, á Enriqueta Valverde, no estaban tan lejos de lo cierto como parecería, tratándose de un mote que habían imaginado los íntimos y que ya empezaba á extenderse por el lugar.

Levantada antes del alba, empezaba sus tareas por lavar, jabonar, fregotear y escamondar la carne apretada y blanquísima de su hermoso cuerpo dentro del agua más fría, sucediendo á veces que á un tiempo mismo salieran, ella del baño, y el sol del alcázar donde se solazaba en compañía de Tetis, pues Enriqueta pensaba, como el

BIBLIOTECA ALEJANDRINA

agustiniano insigne, que la limpieza y aseo del cuerpo es señal de ánimo concertado y seguro. Luego, despertaba á criados y criadas y presidía las faenas de *trapear*, barrer, sacudir, limpiar los muebles, hacer las camas, traer los mandados, preparar el desayuno y enviar á los niños al colegio, amén de cambiar comida á los pájaros presos en lindas jaulas, purgar de bichos y malas yerbas las plantas colocadas en tiestos de barro vidriado, y recoger los encargos que antes de marcharse á su despacho le hacía Manuel Valverde, su primo y cónyuge, que padecía desgana y falta continua de apetito.

Por eso, y porque allá la llamaba su vocación, Enriqueta tenía en la cocina su capital reconocida, la sede de su imperio, el centro de su autoridad y el punto desde donde esparcía órdenes que eran puntualmente obedecidas en todos los ámbitos del caserón.

Desde que Francisca, la cocinera, formaba un gallardo castillo roquero con trozos de carbón, poniendo debajo de ellos un pedazo de vela de sebo, ó tal vez una serie de rajadas de ocote ó quizás una mecha em-

papada en petróleo, empezaban los trasudores de Enriqueta. En seguida, y con el cuidado que puede poner un general en concluir un plan de campaña, ó un boticario en confeccionar una droga en que entren como componentes materias encerradas en redomas marcadas con calaveras, Enriqueta meditaba, veía, calculaba, deducía, adicionaba y componía todo: aquí, un poquito de mejorana; más allá, orégano; en esotra parte, un ramito de perejil, cebolla, tomillo, albahaca, laurel y un grano de clavo. Esto había de quedar soflamado; lo otro, soasado; lo de más allá, *rebosado* ó *reahogado*. Pero lo más admirable resultaba que siendo Enriqueta tan respetuosa con la ley y los profetas, al grado que no se atrevía á poner mano en ninguna combinación, temerosa de alterar la substancia ó los accidentes, sabía imprimir á todo su sello propio, su condición de artista libre y espontánea, como si las reglas, en vez de ser grillos que la detuvieran y maniataran, fueran andaderas que la impulsaran y movieran.

Cuando, limpia como los chorros del agua,

CAROLINA ALFONSINA

alegre como un pajarillo y satisfecha como quien acaba de tener una buena noticia, se sentaba á la mesa en amor y compañía de su marido y de sus hijos, todo quedaba ordenado: sopas, asados, verduras, pasteles y dulces.

Tras una ligera siesta, la señora y reina de aquel enjambre quedaba lista para continuar sus faenas, y tan pronto como estaban arregladas las otras distribuciones, en el *cuarto de la plancha*, pieza capacísima y que se había habilitado de oratorio, se rezaba el rosario y se leía algún libro piadoso. Unas veces *La familia regulada*, otras el diálogo de *Electo y Desiderio*, algunas *Los gritos del infierno*, pocas Santa Teresa, pues nada se alcanzaba á aquellas gentes de moradas y castillos, y en tiempo de confesión, el famoso y nunca bastante alabado Padre Jaén, terror de nuestras abuelas, hacían el gasto en aquellas horas.

Colocábase Enriqueta en un viejo sillón de madera de cedro, á su lado, por orden de categorías, las criadas, desde el ama de llaves hasta la chiquilla que fregaba los platos y picaba la cebolla en la cocina; y en

el ala opuesta Feliciano, el mozo, un labrador recientemente arrancado del terruño y que manifestaba entender tanto lo que se leía como si estuviera en lengua griega.

Era Feliciano *chaparrón*, grueso, "de un ojo tuerto y del otro no muy sano," pues de este le "manaban vermellón y piedra azufre" á consecuencia de las viruelas, que habían dejado todo aquel rostro convertido en una piedra de desgranar; las manos las tenía bastas, pero capaces de hacer trabajos sutilísimos; los pies grandes, pero cuando *se los punta en la cabeza* no había manera de darle alcance. Y completaré estas noticias diciendo que era el más bruto, el más ignorante, el más ordinario y el más bueno de los hombres.

Además, Feliciano, como buen campesino, era tan marrajo, tan suspicaz y tan astuto como ninguno de los conocidos: su preocupación única consistía en que no le tomaran el pelo ni se quedaran con él. Si recibía un encargo de las criadas, sus iguales, cuidaba de analizar las sílabas de las palabras y su combinación, de desarticular, mover, juntar y separar todos y cada uno

de los elementos de las voces, pues temía que en lo que le decían fuera oculto un *albur*, una expresión de doble sentido, un equívoco que hiciera se burlaran de él y lo tomaran por ranchero los ciudadanos empedernidos y corrientes.

Un día de la semana mayor, se leía el evangelio: el nacimiento, la infancia, la predicación admirable de Jesús, la oración en el huerto de los olivos, la vía dolorosa, la crucifixión y la muerte. Belén, Egipto, el templo, Tiberiades, la montaña, Jerusalem, el Gólgota, á cada momento se mencionaban, se hablaba de ellos siempre.

Enriqueta, que leía con voz clara y firme y con entonación excelente, se interrumpía á menudo para enjugar alguna lágrima; las domésticas lloraban á moco tendido; se sentía flotar en el ambiente el prestigio de lo maravilloso, y á nadie habría extrañado ver penetrar por la puerta de la estancia á Chrestos envuelto en su túnica escarlata, volviendo la vista á los ciegos, resucitando á los muertos y dejando oír su palabra divina que prometía la bienaventuranza mediante el sufrimiento, la resignación y el amor.

Sólo Feliciano permanecía en un rincón del cuarto, dando vueltas al sombrero de palma, y no con su expresión de habitual estupidez, sino con sonrisa escéptica y como de quien está seguro que sólo los espíritus débiles se preocupan por cosas que son habas contadas.

Enriqueta interrumpió la lectura y casi enojada dijo al mozo: "Pero, hombre, si estás allí como tonto. ¿No te conmueve, no te apena la muerte de tu Dios, de tu Dios convertido en hombre, revestido de carne mortal para salvar á los pecadores?"

¿No sabemos que nuestro hombre viejo fué crucificado juntamente con El, y que, como San Pablo escribe á los efesios, Dios nos santificó en Cristo y nos resucitó con El y nos hizo sentar juntamente con El en los cielos? ¿No te afliges, hombre ingrato y desconocido?

El bárbaro giró la vista por todo el concurso y dijo luego: "¡*pos* no, niña, porque su mercé me perdone; pero creo que todo eso es mentira."

Enriqueta se voló al oír tales atrocidades; recordó lo que sabía por su esposo y

ALFONSO

sus amigos sobre los sinópticos, sobre el cuarto evangelio, sobre la personalidad de Juan, sobre Papías, Strauss y Renan, y dijo al bellaco aquel: "Pero responde, maldito, ¿por qué niegas lo que todo el mundo cree y te conviertes en piedra de escándalo ante estas buenas gentes, que te miran espantadas y sólo por respeto á mí no te sacan los ojos y te cascan las liendres como mereces?"

Pos se lo voy á decir, niña, contestó impertérrito el villano. Mi pueblo, que se llama Coyula, dista de aquí tres leguas: en caballo de buen andar, está usted en él en una horita. Yo, por el permiso que me dan usted y el amo, voy allá unos quince días cada año, en tiempo de elotes, y entonces oigo que me preguntan por las cosas que he visto y me dan razón de las que no he visto. ¡Qué cosa más distinta! Dispensándome su mercé, ¿me creerá que cuentan que á Matiana se la robó Pascual, el cochero, cuando todos sabemos que el robado fué Pascual? ¿Me creerá que digan que la langosta se acabó desde que el señor vicario le echó el conjuro, cuando no hay quien no

sepa que el conjuro consistió en matarla y enterrarla en unos grandes pozos? Pues si lo que usted nos dice, pasó hace más de mil años y en Palestina, que dista tanto de aquí, ¿cuánto no le habrán añadido, le habrán quitado y puesto, si tres leguas y un año bastan para que se cuenten tantas cosas que no son?

Trabajo tuvo la señora para convencer á aquel Pirrón rústico y ordinario; pero mayor fué su tarea para sosegar á las criadas, que querían destrozarlo á pellizcos.

Por eso, cuando Enriqueta refería el caso, terminaba como el florentino:

Quel giorno piu non vi leggemo avanti;

porque, en efecto, no hubo más lectura aquel día: el soplo del escepticismo había pasado sutil y traicionero como el aire que lleva el germen de una infección.

11 de julio de 1900

ALFONSO